2018 EUROPEAN YEAR OF CULTURAL HERITAGE #EuropeForCulture

EDUCULTURE

Co-funded by the Creative Europe Programme of the European Union

EL ARCA DEL GUSTO VA A LA ESCUELA

Los héroes están entre nosotros

EL CUENTO



Slow Food®

KINO OKUS

EUROPA NOSTRA

Nova Iskra

TRANSPOND

with the contribution

FONDAZIONE CRC Risorse Europa

CAPÍTULO 1
Los héroes están entre nosotros

Era una mañana soleada en el valle del Arca, un lugar fantástico donde los arroyos fluían con abundancia y los prados estaban llenos de flores de mil formas y colores: no había ni una que fuera igual que otra y lo mismo sucedía con las frutas que crecían en los árboles. En el bosque resonaban los sonidos de los animales, que estaban siempre de fiesta y, prestando atención, se podía escuchar el gorjeo de los pájaros persiguiéndose entre las ramas de los árboles.
Era un valle mágico, cuya belleza estaba precisamente en la variedad de todas las especies que lo habitaban y donde los hombres y las mujeres, los niños y las niñas vivían felices siguiendo el ritmo de la vida y de las estaciones.
Después de la escuela, los pequeños del Valle solían correr por el prado Maestro, pero antes de jugar, para protegerse del sol de la tarde, siempre se sentaban a la sombra de un gran roble, justo donde estaba la casa de Mamá Caracol.
Mamá Caracol era la sabia del valle. Era una caracol vivaz y habladora, cuya edad nadie conocía. Durante aquellas tardes los niños y las niñas competían para imitar a los animales del bosque o inventar rimas infantiles, ¡pero lo que más les fascinaba eran los cuentos e historias de héroes y heroínas!

Mamá Caracol participaba con gusto en sus juegos y sus estudiantes a menudo le pedían que contara alguna de las muchas historias que sabía, porque tenían curiosidad por conocer los secretos que ella guardaba. Después, tras hacer un largo suspiro que hizo que todos mantuvieran el silencio, Mamá Caracol comenzó a contar un cuento con una voz tranquila y cálida.
Ese día fue Mario, un pequeñín de ojos grandes color cielo, quien interrumpió el silencio para hacer la pregunta que nadie se había atrevido a pronunciar:
—Mamá Caracol, ¿tú cuántos años tienes que sabes todas estas cosas? —dijo tímidamente.
—Pequeñín, ¿no sabes que nunca se debe preguntar la edad a una vieja señora como yo? —respondió la profesora Caracol.
Mario se sonrojó, intentó balbucear una disculpa y, entre las risas de sus amigos, volvió a preguntar:
—Es que vives aquí desde hace tanto tiempo que me preguntaba... ¿en tu época ya existía la escuela?
—Por supuesto, ¡qué pregunta! ¡Y me encantaba ir a clase!
—A mí últimamente no me gusta mucho. Mis compañeros se burlan de mí porque la maestra me dice que mi cabeza siempre está en las nubes.
—Dime, ¿adónde va tu cabeza cuando no está escuchando a la maestra?
—¡Al mundo de los héroes!
—¡Oh! Pues entonces te gustará escuchar esta historia, ¡y verás que los héroes no están tan lejos!

»Os voy a contar una historia de cuando yo tenía vuestra edad y nadie nos escuchaba a nosotros, los Caracoles. En esa época siempre se reían de nosotros por nuestra lentitud. ¡Cuando era niña ir a la escuela era una aventura! Tenía que levantarme muy temprano para llegar a tiempo porque mi ritmo era lento y por eso mis compañeros se reían de mí. Por supuesto, cuando salíamos al césped a jugar, ¡yo siempre era la última en llegar! Pero mi paso tranquilo me permitía percibir cosas que los demás, siempre con prisas, no veían. Y así, día tras día, aprendí muchísimo.
»Además, en la Gran Asamblea, donde se reunían todos los habitantes del Valle para debatir, ¡nadie escuchaba a los demás! Y, por supuesto, cuando lográbamos llegar, ¡ya estaba todo decidido!
»Durante mucho tiempo se tomaron decisiones precipitadas. Los más fuertes se impusieron a los demás, haciendo prevalecer sus intereses personales en lugar del bien de todos. Los árboles de los viejos huertos fueron arrancados de raíz para dar paso a campos, todos iguales, donde se cultivaban las mismas variedades de plantas.

»—Ya veréis, todo será más bonito —decían.
»Los nuevos cultivos dejaron la tierra sin agua y terminaron dejándola seca.

»—No tengas miedo, tenemos la solución... —dijeron, y esparcieron unos extraños polvos grises por el valle—. Son para ayudar a la Tierra —decían.
»Pero entonces empezaron a suceder cosas extrañas. Un día algunos árboles enfermaron, poco después el agua del arroyo cercano al pueblo escaseó y lo que quedaba se oscureció. Pronto nos dimos cuenta de que algo terrible le estaba pasando a todo el Valle.
—Los días del Gran Gris —exclamó Mario.
—Exacto, Mario. Fue un periodo terrible para nuestra gente. El Valle del Arca perdió sus colores, los animales huyeron asustados, la tierra ya no daba frutos y la gente empezó a tener miedo de tener que abandonar sus hogares. Una gran mancha gris nos invadió. Durante la Gran Asamblea, entre todos los habitantes del Valle hablaban de una posible huida, hasta que un día se anunció:

«LA COMUNIDAD DEL ARCA DEBERÁ ABANDONAR EL VALLE».

»Fue entonces cuando conocí a Anita y Héctor, dos hermanos a los que les gustaba especialmente nuestro bosque, donde habían pasado muchas horas jugando. El día que los conocí habían venido a saludar por última vez al roble y al prado Maestro. Yo estaba allí y escuché a Anita sollozar:
»—Héctor, ¡no es justo! ¡Yo no quiero irme! ¿Qué pasará con el Valle?
»—No seas así, Anita. Los adultos han decidido: debemos irnos, el Valle se está secando.
»Fue entonces cuando se acercaron a mí. Anita me saludó la primera:
»—Hola, Mamá Caracol. ¿Qué haces aquí todavía? El camino es largo, debes darte prisa y partir.
»Yo respondí que los caracoles nos quedaríamos:
»—No abandonaremos nunca este valle: nos pertenece y nosotros le pertenecemos a él. Intentaremos resistir hasta el final.
»—¡Qué valientes que sois! —dijo Héctor.
»—Ahora ya está todo perdido —dijo Anita, presa de la desesperación.
»—No hay nada perdido mientras haya esperanza —dije animándola.
»—¡Qué sabias palabras, Mamá Caracol! Lástima que los adultos no piensen igual. Seguramente a medida que crecemos perdemos la capacidad de mirar con curiosidad aquello que nos rodea —comentó Anita.

»*¿Creciendo perdemos la capacidad de mirar con curiosidad aquello que nos rodea?* Al escuchar las palabras de Anita, me di cuenta de que juntos aún podíamos hacer algo. Esa idea no pasó solo por mi cabeza: Anita, Héctor y yo nos miramos en aquel momento, sus ojos se iluminaron a la vez y dijeron al unísono:
»—¿Tú conoces alguna manera de arreglarlo?
»—Sí —conteste, yo conocía un modo.



CAPÍTULO 2
Los días del Gran Gris

—Debíamos afrontar el Gran Gris devolviendo a nuestra Madre Tierra los elementos que permitieran que el Valle del Arca estuviera lleno de colores, formas y diversidad.
Afrontar el Gran Gris quería decir aventurarse en aquella parte del Valle que por entonces estaba invadida por el GG. Debíamos entrar en el Bosque Negro, un lugar terrible, donde nadie se atrevía a entrar. Todos los álamos crecían iguales, estrechos, cerca unos de otros, a distancias iguales. Era imposible orientarse: no había matas de hierba que sirvieran de señal, no había árboles de colores. Todo era gris. Caminamos durante horas en la oscuridad, el desánimo estaba a punto de alcanzarnos cuando vimos un pequeño claro en el espeso bosque. Alguna vez debió de haber un manantial, donde el agua fluía en abundancia, pero ahora solo caían unas pocas gotas solitarias. TIC...TIC... TIC...

»Permanecimos con la boca abierta y miramos esa visión desoladora hasta que una voz llamó nuestra atención:
»—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis ahí embobados?
»—¿Quién habla? —preguntó Anita con voz tímida, mirando a su alrededor.
»—¡Eh! ¡Estoy aquí abajo! Acércate un poco.
»—¿Veis lo mismo que yo? ¿Nos está hablando una piedra o estoy empezando a alucinar de cansancio? —dijo Héctor, perplejo.
»—Si tú estás alucinando, yo también —le confirmó Anita.
»—Pero de qué alucinaciones habláis, chicos. ¿Habláis con vuestra amiga la babosa y no conmigo? Todos formamos parte de la naturaleza. ¿Qué es esta discriminación? —replicó la piedra.
»—Yo no soy una babosa, ¡soy un caracol! —protesté gritando.
»—Bueno, yo tampoco soy una piedra, soy un pedazo de roca primordial antiquísima y muy preciosa, pero no me importa mucho. Me parecía que necesitabais ayuda, pero mejor vuelvo a hacer de piedra, como vosotros lo llamáis.

—No me pareció muy simpático aquél «pedazo de roca primordial antiquísima», pero por suerte Héctor fue más paciente.

»—¡No, espera! Lo siento, ¡no lo sabíamos!
»—Sin embargo, nosotras LAS PIEDRAS sabemos muchas cosas. Debéis saber que estamos aquí antes que vuestros abuelos y que los bisabuelos de vuestros bisabuelos, y que los bisabuelos de los bisabuelos de los bisabuelos... —continuó, y parecía que no terminaría nunca.
»—Discúlpeme, señor roca primordial: ya que sabes todas estas cosas, ¿no puedes decirnos adónde ha ido el agua del manantial? —lo interrumpió dulcemente Anita.
»—Un poco de paciencia, queridos míos, estaba a punto de hablar de eso.
»—Tiene razón, ¡es que nosotros tenemos un poco de prisa!
»—Sí, ¡los jóvenes siempre vais con prisa! Dejad que os dé un consejo: la naturaleza necesita su tiempo. Si la dejáis un poco, ella misma os ayudará.

—Con estas palabras se retiró a su sueño eterno. Teníamos que esperar. Pasaron los minutos, quizá una hora, hasta que alguna cosa empezó a cambiar entre las rocas de la fuente.

»—¡Mirad! —exclamé.
»—¿Qué pasa? ¿Dónde?
»—Hay algo escrito en las rocas, ¡vamos a leerlo!
»—Pero no está en nuestro idioma —dijo Anita, desesperada.

»—No te preocupes, Anita, ¡no estamos solos! ¡Eh, chicos! ¡Sí, os estoy hablando a vosotros! Qué hacéis, ¿que no nos ayudáis?

Los pájaros nos miran desde el cielo

y son felices si el AIRE no contaminamos

Los peces, en cambio, se sienten solos

Cuando el MAR de pescadores va lleno

En el BOSQUE no hay muelles para los botes

Y con los cazadores, las cosas no son mejores

Rica sería la VARIEDAD

En la tierra hay infinidad

¡Gracias a toda esta bella DIVERSIDAD!

No hablo de la NATURALEZA solamente

Y de toda esta suerte

Seamos todos hijos de la madre TIERRA

Aunque estemos dándole mucha guerra

Quizá porque no pensamos

Que no es nuestro todo lo que hemos saqueado

Pero nuestros prados los hemos HEREDADO

Con gentileza los debemos tratar

Si queremos que el agua vuelva a brotar.

En las palabras en mayúscula encontraréis la solución

Para entender qué debemos salvar solo hay que poner un poco de atención

De las tres primeras tomad solo la inicial

De la cuarta usad la segunda vocal

La quinta una «E» os regalará

¡No os desesperéis! El gran final ahora llegará

De sexta y la séptima, ¡la inicial ya os servirá!

Y de la última palabra, la primera vocal bastará

—Recopilamos las letras, encontramos la palabra que debíamos salvar y entonces un pequeño riachuelo nació de las rocas.

»—¡VIVA! —gritamos contentos.

CAPÍTULO 3
El pueblo del conocimiento antiguo

—Todo lo que tocaba el agua volvía a tener su color original. Admirar esa escena llenó nuestros corazones de energía, ¡íbamos por buen camino!
»—Caramba, Mamá Caracol, ¿lo has visto? Hemos salvado el Valle, ¡tenemos que decírselo a los adultos! —dijo Anita.
»—¡Tranquilos, tranquilos! Para que el Valle prospere, el medio ambiente es esencial, pero no es lo único que necesitamos. ¡Aún nos queda un camino por recorrer y preguntas por hacer!
»—¿Y qué más necesitamos? —preguntó Héctor.
»—Eso lo descubriremos juntos pronto. Lo habéis dicho vosotros mismos: tenemos que mirar con curiosidad aquello que nos rodea. Y mirar la naturaleza, como acaba de suceder, os ayudará.
»—¡Pero si por aquí todo es igual! —observó Anita.
»—Una mañana al amanecer, durante uno de mis largos viajes para ir a la escuela, escuché a dos alces hablando de un pueblo antiguo, donde se guarda el conocimiento. Ahora estará cubierto por el GG, pero podemos intentar encontrarlo. ¡Estoy segura de que allí sabrán ayudarnos! —la animé.
»—Fantástico, ¿y cómo lo hacemos para encontrarlo? —contestó Héctor con sarcasmo.
»—La naturaleza nos guiará, solo tenemos que preguntar.
»—NATURALEZA, ¡INDÍCANOS EL CAMINO HACIA LA ALDEA DEL CONOCIMIENTO ANTIGUO! —ordenó Héctor. Pero no hubo ninguna respuesta.
»—Quizá con más amabilidad —intenté sugerir.
»—Señora naturaleza: ¿puede indicarnos el camino hacia la Aldea del conocimiento antiguo, por favor? —dijo Anita.
—Un pequeño pajarito, con unas plumas muy coloridas, empezó a volar a nuestro alrededor, gorjeando alegremente y mostrándonos el camino a través de los densos árboles.
»—¡Qué eficiente esta naturaleza! —se sorprendió Héctor.
»—Lo ves, solo hacía falta ser un poco amable.

—Seguimos el alegre canto del pajarito hasta que salimos de la espesa maleza y nos encontramos en un camino. A los lados crecían plantas de maíz muy densas y muy altas que oscurecían la vista. Era difícil orientarse, pero no tardamos mucho y llegamos a la entrada de un pequeño pueblo. Era el pueblo del que había oído hablar.

»Las casas eran bonitas, pero no tenían color, como los rostros de los aldeanos que paseaban por las calles. Una placa de madera polvorienta, colocada en una de las primeras casas de la ciudad, decía: "*La Aldea del conocimiento antiguo custodia la memoria, las tradiciones y la cultura de su comunidad y siempre acogerá a aquellos quieran conocer su origen, pero deberán llevar consigo las preguntas adecuadas*".

»Cuando hicimos las preguntas adecuadas para conocer a los habitantes de la Aldea del conocimiento antiguo, sus rostros volvieron a estar llenos de color: la camisa a cuadros del granjero se volvió roja y azul de nuevo, y el uniforme de cocina del chef se volvió blanco brillante. Pero las casas todavía eran de color gris... ¡era la última cosa que quedaba por hacer!

CAPÍTULO 4
El mordisco de la manzana

—Fue el cocinero del pueblo quien nos enseñó el sendero a seguir para continuar nuestro camino y, entre agradecimientos y saludos, nos entregó un paquete:
»—Por si tenéis hambre.

—Llevábamos unos minutos caminando por el sendero cuando Héctor me preguntó:
»—Mamá Caracol, ¿ahora por dónde vamos?
»—Ah, no lo sé, yo os seguía a vosotros.
»—Si tú nos seguías a nosotros y nosotros te seguíamos a ti, ¿adónde estamos yendo?
»—Solo hay un camino, seguro que nos lleva a alguna parte —sentencié.

—El denso campo de maíz, que precedía Aldea del conocimiento antiguo, pasaba a ser un huerto de manzanos igualmente grande y denso, también desprovisto de cualquier color que no fuera el gris. No sé cuánto tiempo caminamos, el paisaje que nos rodeaba nunca cambiaba. Un árbol grande de hojas de un verde intenso rompió la monotonía: era un gran roble que se erguía majestuoso en un prado.
»—Mirad, podríamos subir a la cima para ver lo que tenemos a nuestro alrededor —dijo Héctor.
»—Vamos a ver —respondió Anita con más cautela.

—Conocía ese árbol y sabía que nuestro viaje había terminado, ahora era el turno de mis jóvenes amigos.
»—Mirad, hay algo escrito en el tronco —nos dijo Anita.
»—*Nunca dejes de mirar al mundo con ojos curiosos* —leyó en voz alta—. ¡Es nuestra frase!
»—¡Sabía que podíais hacerlo, chicos! —dije contenta.
»—Si lo sabías, ¿por qué no nos has dicho nada?
»—Si algo me ha enseñado mi ritmo de vida es que *no importa llegar rápidamente al destino, sino que importa lo que aprendemos durante el camino.*
»—¿Y ahora qué? —preguntó Héctor, ansioso.
»—Héctor, ¿aún no lo has aprendido? ¡Preguntémosle a la naturaleza! —dijo Anita contenta.

—Tras decir estas palabras, golpeó tres veces el tronco del árbol. TOC... TOC... TOC...
Y entonces sobre el tronco apareció el rostro de un anciano.
»—Mamá Caracol, que alegría verte. ¿Quién me has traído de visita? Vamos, no seáis tímidos. Presentaos, chicos —les dijo.
»—Ehm, un placer, señor roble. Yo soy Héctor.
»—Y yo soy su hermana, Anita.
»—¡Sois valientes por llegar hasta aquí! Habéis descubierto la importancia del ambiente y de la cultura, dos de los elementos que hacen que el Valle del Arca sea tan diferente. Pero aún falta alguna cosa —dijo el Roble.

»—Vamos a ver...
»—Pues...
»—Lo siento, pero ¡no se me ocurre el qué! —dijo al fin Anita.
»—¡Danos una pista! —suplicó Héctor.
»—Sé que se os han dado algo en la aldea —sugirió el Roble.

—Nos acordamos del paquete que el cocinero nos había dado amablemente y, por primera vez, sentimos curiosidad por abrirlo. En el interior encontramos unas manzanas distintas a las que habíamos comido hasta ese momento. Eran pequeñas, redondas y aplanadas en los extremos y de color amarillo pajizo con tonalidades rojo pálido.

»—Parecen deliciosas —dijo Anita.
»—¿A qué esperáis? ¡Probadlas! Haced que las papilas gustativas de un anciano señor como yo viajen en el

tiempo: ¡contadme a qué saben! —nos animó el Roble.
»—Buenísimas, ¡son muy sabrosas! —dijo Héctor, eufórico, después de unos mordiscos.
Anita y Héctor se propusieron describir con detenimiento ese nuevo descubrimiento y, mientras saboreaban las manzanas, el manzano gris desapareció para dar paso a unos árboles esparcidos por el césped, cargados de manzanas que Anita y Héctor iban probando.
»—¿Qué pasa? —preguntó Anita, sorprendida.
»—Hace tiempo, en este prado habían manzanos de esta variedad. La Aldea del conocimiento ha conservado el recuerdo cuidadosamente, pero para evocarlo... ¡necesita a alguien que reconozca su sabor! —les explicó el Roble.
»—*Medio ambiente, cultura y gusto:* esto es lo que siempre debemos tratar de buscar con ojos curiosos si no queremos que se pierda la diversidad del Valle del Arca, sentenció Anita.
»—Exactamente querida, ¡pero todo el mundo es necesario para que esto suceda!
»—Yo creo que, con todo lo que hemos tenido que andar, solo hace falta que visitemos al cocinero de la Aldea del conocimiento antiguo para que nos preparare unas delicias —bromeó Héctor.
»—No os preocupéis, os está esperando con una bonita sorpresa. Llamadle a la puerta cuando volváis a casa —recordó el Roble.
»—¡Hurra, me encantan las sorpresas! —Anita se regocijó.
»—Entonces, ¿qué hacéis aquí todavía? ¡Corred! —dijo el Roble despidiéndose.

—Al verme vacilar, Anita preguntó:
»—Mamá Caracol, ¿qué haces aún ahí? ¡Muévete!
»—¡Yo ya estoy en mi casa, valiente amiga! —le respondí.

Esa última frase dejó a todos con la boca abierta. Miraron alrededor. ¿Entonces era ese el Gran Roble? Intuyendo todas las preguntas que veía destellar en sus ojitos, Mamá Caracol se preparó para llegar al final de su historia.

—Anita y Héctor solían volver a verme y se sentaban justo donde estáis sentados hoy vosotros. Empezaron a traer amigos y pronto mi voz fue escuchada por toda la comunidad del Valle del Arca. ¿Cuánto tiempo hace que pasó todo esto? Quién sabe...
¿Lo has entendido, querido Mario? No es necesario buscar héroes en mundos lejanos; nosotros mismos podemos ser los héroes y heroínas de nuestra tierra. Solo necesitamos hacer gestos pequeños.

Mamá Caracol terminó su historia y sonrió a los jóvenes oyentes, sabiendo que seguramente volverían con más preguntas en los días siguientes. Todos se levantaron, saludaron y corrieron felices a jugar por el césped. Todos... excepto Mario, que se acercó tímidamente a ella y le preguntó:
—Mamá Caracol, todavía somos amigos, ¿no?
—Claro, pequeño. La curiosidad es la mejor virtud de la juventud... ¡pero nunca trates de recordarme cuántos años tengo!



